

GALDOS: SUS VISIONES PERSONALES ANTE LA HISTORIA

M. C. Yolanda Arencibia Santana

Colegio Universitario de Las Palmas

INTRODUCCION

Galdós trata en sus *Episodios Nacionales* una serie de temas, de grandes temas, podríamos decir. En torno a ellos, y claramente extraíble a partir de los textos, queda plasmada su personal filosofía al respecto. Es la visión personal del autor, oficiando de narrador-autor implícito unas veces, subsumiéndose en sus personajes otras, conduciéndonos hacia una determinada visión de la realidad casi siempre.

La visión personal de nuestro autor ante algunos de estos grandes temas va a ser el centro de nuestra ponencia de hoy.

Límites de espacio y tiempo imponen centrarnos en dos de estos temas y referirnos sólo a una de las series de sus *Episodios Nacionales*: los temas son el carlismo y las guerras; la serie, la tercera. Abundarán nuestras referencias a *Zumalacárregui*, el primer episodio, y no sólo porque éste haya sido centro de un estudio más amplio por nuestra parte, sino porque ninguno es tan explícito como él respecto a estos temas, especialmente respecto al primero de ellos.

La Tercera serie de los *Episodios Nacionales* abarca un período cerrado y completo: se abre con el inicio de las campañas del general Zumalacárregui y se cierra con la boda de Isabel II. También es cerrado y concluso el primer episodio, la puerta de entrada es la misma, la de salida más lúgubre: la muerte del protagonista principal. Las convicciones de Galdós respecto a los temas que nos ocupan, el carlismo y las guerras, quedan perfilados con enérgicos trazos en el primer episodio y van siendo matizados, conveniente y oportunamente en el resto de la serie. Asistimos a la trama argumental en que la historia se encaja guiados por un narrador, no imparcial, evidentemente, sino profundamente interesado; un narrador irónico y socarrón, «escéptico y apasionado a

la vez» como dice Gullón¹; un narrador dolorosamente conmovido ante la realidad que narra y que deja oír su voz para expresarnos el propio sentir ante ella; un narrador en quien podemos ver al autor implícito que, desde una privilegiada visión de los hechos, desde una perspectiva lejana, se sirve de los personajes históricos y de sus creaciones de ficción: de los primeros como actores secundarios, de los segundos con una triple finalidad: ser protagonistas del indispensable entramado folletinesco, servir de símbolo o reflejo de determinadas concepciones propias sobre la historia, y mantener a los lectores siempre en primera línea de los hechos narrados. Por encima de todos ellos, este narrador-autor preside los acontecimientos sinceramente conmovido ante ellos; vive en historia, lo cual «no era su ideal sino su cruz» en palabras de R. Gullón.

Este narrador parece dirigirse a un lector «amigo» que va a aceptar sin objeciones la visión histórica que él le proporciona, y que va a asumir sin asombro la irrupción de la ficción en el entramado histórico cualquiera que ésta sea. Este lector ideal obviará su propia visión histórica previa, si la tiene, para asumir la verdad novelesca «invencionadora por naturaleza» que alterará o mediatizará de algún modo la realidad².

Vayamos directamente a la observación de nuestros temas.

Conocemos los peligros de un estudio interpretativo y no querríamos caer en la falacia, siempre condenable, de los personalismos gratuitos. Por ellos nos hemos propuesto no aseverar conclusiones personales sino, basándonos en los textos del autor, «mostrar analizando» o «analizar mostrando».

I. EL CARLISMO

Como buen liberal, la opinión de Galdós es totalmente contraria al carlismo. No siempre podemos, en justicia, hablar de imparcialidad en la visión que de la historia de la época nos da nuestro autor. Sin identificarnos con Avelar Arce para quien «pedirle ecuanimidad a Galdós al tratar del carlismo es pedir peras al olmo»³, sí podemos afirmar con Casaldueño que Galdós aunque a veces sea imparcial, ello: «no quiere decir que sea neutral. Ni por un momento deja de mostrar sus ideas a favor de un régimen de libertad y democracia, aunque tampoco disimula, y este es su dolor, que el gobierno cristiano apenas puede diferenciarse, con frecuencia, del partido carlista»⁴.

La figura de D. Carlos, apenas merece algunos comentarios intencionados, a veces irónicos y burlones pero nunca agrios: Opina el narrador:

«una sonrisa bonachona, en la cual era más fácil distinguir al pretendiente que al soberano».

(*Zumalacárregui*, p. 54⁵).

En boca de D. Beltrán de Vordaneta:

«El hombre (el rey) no sabe ser guerrero ni político ni posee el arte de tratar a las personas cuyo concurso anhela (...) No tenía yo ideas muy optimistas de su inteligencia; más aquél día formé opinión cabal y definitiva de los puntos que calza esta pobre majestad, y no vacilo en afirmar que no calentará el trono si en él llega a sentarse».

(*La estafeta romántica* p. 152)⁶.

La etopeya más dura sobre D. Carlos V aparece en palabras del narrador al interpretar el pensamiento de F. Calpena en *De Oñate a la Granja*⁷:

«vio (en el Rey) la cara de Fernando VII con menos nariz, más quijada, el labio grueso, bigote y patillas cortas, la mirada fría y oscura, de las que no penetran ni alumbran, señal de entendimientos apagados. Bien podía expresar la mandíbula del Rey, más larga que saliente, la terquedad, que hacía las veces de voluntad firme, y su mirar vago el fanatismo religioso, que ocupaba el lugar de las ideas (...) D. Carlos era un hombre de bien sin pena ni gloria (...) Las ideas de D. Carlos eran pocas, tenaces, agarradas al magín duro como el molusco a la roca» (...)»⁸.

Al tratar la huida del rey a Francia, tras el abrazo de Vergara podemos leer estos juicios nada agresivos:

«Había entrado D. Carlos seis años antes por el mismo boquete de la frontera (...); se retiraba escoltado por algunos números de su guardia, solo, triste, más abatido que desengañado, sin ninguna gloria personal. La corona de la dignidad con que supo sobrellevar su destierro fue la única que poseyó en su vida».

(*Vergara*, p. 203)⁹

La visión negativa del carlismo se expresa sobre todo a través de los personajes de la camarilla; ellos, el Consejo Real que rodea a D. Carlos, son para el autor los más culpables y los merecedores de todos los reproches:

«No se concibe mayor obcecación que la de esos señores aúlicos, que han puesto la causa al borde de este abismo».

(*Zumalacárregui*, p. 285).

Cuando Zumalacárregui es obligado a interrumpir su brillante campaña guerrera para acudir a Segura, con «malísimo talante», ante la apremiante llamada de D. Carlos; Galdós, escondido tras el narrador, aprovecha la ocasión para hacer un encendido reproche, no exento de ironía, a la corte Carlista tan remisa en reconocer los méritos de su héroe:

«no ignoraba (Zumalacárregui) que en la tertulia del Rey y en los corrillos de toda aquella caterva de vagos y aduladores, se le iba formando una opinión adversa, regateándole sus méritos y servicios, censurando sus actos. Las victorias que uno y otro día alcanzaba la facción se atribuían al valor de las tropas realistas, y al desmayo y falta de fe de las de la Reina. Indudablemente Zumalacárregui, según los habladores y covechuelistas del Cuartel Real, había hecho bastante, quizás mucho, pero sin duda pudo hacer más, y seguramente otro general se habría planteado ya en tierra de Castilla (...) Ganaba terreno la opinión de que el propio Rey debía ponerse al frente del ejército y dirigir por sí mismo las operaciones, en la seguridad de que el Espíritu Santo, como a predilecto de Dios, le asistiría con luces de ciencia militar, concediéndole los laureles de Pelayo, los Alfonsos y el Cid».

(*Zumalacárregui*, pp. 257-8).

Más duro es el reproche a la misma corte que podemos leer, de nuevo en boca del narrador, en *De Oñate a la Granja*:

«(D. Carlos V) pretendía establecer un ridículo simulacro de organización política y administrativa. Era un estado de papel, compuesto de denominaciones

enfáticas, burocracia sin materia administrable, palaciegos sin palacio, intendencias sin dinero, ministros con las carteras y las cabezas totalmente vacías»
(p. 106).

Y en *Zumalacárregui*:

«En una habitación próxima, abuhardillada y polvorienta, trabajaba el individuo que era como la representación sintética de todo el personal del departamento, un pobre chico, acólito en Oñate (...) en campaña escribiente, secretario y ayuda de cámara del señor Consejero. Lo mismo le limpiaba las botas que extendía la minuta de un Real Decreto. Natural era que viviese con tales estrecheces y privaciones una corte ambulante, más rica en entusiasmo y fe que en materiales recursos (...) con (...) los tinteros vacíos, y las cabezas más llenas de esperanzas que de ideas sólidas»

(pp. 192-3).

La figura del Consejero Real, D. Fructuoso de Arespachaga es, en *Zumalacárregui*, la creación literaria destinada a encarnar a la camarilla religiosa que rodea a D. Carlos. Del tratamiento que da el autor a la misma podemos colegir sus ideas al respecto. Veamos su retrato:

«Era el tal cortesano de D. Carlos persona de muy cortas luces, ambicioso forrado en beato, de ideas comunes y palabras rebuscadas y ampulosas (...) su mirada se esforzaba en ser aguada y luminosa; pero no lograba su vanidad lo que sólo es privilegio de la inteligencia (...) usaba en el trato social tosecillas, pausas, caídas de ojos, y otros medios auxiliares de expresión que conceptuaba indicadores de pensamientos recónditos: realmente era un juego que respondía a la vaciedad de su inteligencia...»

(pp. 176-7).

Hallamos este personaje junto al Rey teniendo «la honra de concretar la cuestión en el consejo», y con voz autorizada a la hora de decidir las cuestiones militares en presencia de Zumalacárregui (p. 263); luego contará las novedades al resto de la camarilla faltándole «poco para reventar como una bomba, de la satisfacción que el dar noticias auténticas le causaba» (p. 269).

Galdós maneja a este personaje de manera despiadada haciéndole, por ejemplo, dar, con grandes precauciones y con la mayor reserva, la primicia de la preparación de un Real Decreto por el cual Su Majestad va a nombrar Generalísima de sus ejércitos a la Purísima Concepción... «para que dé la victoria a las armas que se esgrimen en defensa de la fe de nuestros padres» (p. 194).

En otra ocasión nos lo presenta cínico y vacío de escrúpulos acallando la conciencia del personaje José Fago ante el peligro que para éste supone el encontrarse de nuevo con su amada Saloma:

«Ya sé que hablo con un sacerdote. Pero la causa es la causa (...) No pido el sacrificio de la conciencia; basta con el de los actos (...) Poniéndome en su caso... no me sería difícil conquistar la voluntad de esa hembra, conservando mi conciencia en paz y ofreciendo a Dios la pureza de mis intenciones... como garantía de algún pecadillo formal que pudiera cometer... formal digo, de forma, *per accidens*... usted me entiende...»

(p. 200).

Otros personajes del carlismo reciben las pullas de su creador, pero ninguno de ellos de forma tan despiadada como éste.

Entre las oscuras sombras que perfilan la visión que del carlismo y los carlistas nos da Galdós, no falta en ocasiones la nota dulcificadora que para la Cruzada significó la devoción, la fe, el fanatismo, el romanticismo incluso de sus generales, de sus leales y fieles seguidores. Basta un solo texto reflejador del tema, extraído de *La Campaña del Maestrazgo*¹⁰ en el curso de unas reflexiones preocupadas que el autor supone al General Cabrera:

«Sin poder apartar de su mente las ideas que le atormentaban, Cabrera se paseó en el estrecho espacio de la tienda embozado en su capa blanca. No se conformaba con que el ejército real, mal organizado y pésimamente dirigido, viniese a compartir con él el dominio en la región valenciana (...) Ciertamente que al Rey no podía disputársele la supremacía. Aunque incapaz para la guerra y para el Gobierno, era el Rey, por divino mandato, la sacra bandera, el símbolo de la causa; y de la regia persona, absolutamente inepta para todo, provenía la fuerza moral de las cohortes del absolutismo. No había, pues, más remedio que cargar con el ídolo, aunque esto fuera una de las obras más burdas del fetichismo dominante (...) Claro que todo se hacía por 'la idea'. El grosero ídolo era una idea».

Para Galdós la muerte del caudillo carlista Zumalacárregui significa la sentencia de muerte del carlismo que se vería materializada en la huida de D. Carlos V a Francia el 14 de septiembre de 1839. Es por ello por lo que no se ocupa del tema, directamente, a partir de la tercera serie de sus Episodios. Sólo en *D. Carlos VI en la Rápita*, séptimo título de la cuarta serie, aprovecha como tema el frustrado intento del general Ortega encaminado a lograr la proclamación del pretendiente, D. Carlos VI, Conde de Miramamolín. Pero sólo se vale de él de manera tangencial: para Galdós, seguramente, la causa carlista ya no tenía ninguna posibilidad de victoria.

II. LAS GUERRAS

Que Galdós era enemigo de toda violencia y, sobre todo, enemigo de cualquier suerte de enfrentamiento armado, parece ser incuestionable para sus biógrafos (aunque en alguna ocasión se vea en ello no razón humanitaria sino un símbolo del miedo de una burguesía cómoda, incapaz de sacrificios)¹¹.

Veamos el tratamiento que este tema merece en nuestros Episodios

A) Entresacaremos primero una serie de citas que reflejan el sentido antibelicista del autor, en general frente a toda guerra (Todas son de *Zumalacárregui*, si no se expresa otra fuente).

La primera huella antibélica surge al comenzar el narrador la sentencia de D. Adrián Ulibarri, en las primeras páginas de la obra:

«tales *justicias*, que dentro del convencionalismo de la religión militar así se nombran...» (p. 15).

y poco más adelante, relacionado con el mismo suceso:

«y (quedó) cristianamente sepultada la víctima de las horribles leyes militares, obra maestra del Infierno» (p. 15).

A principios del capítulo IV, y refiriéndose esta vez al sitio que a una iglesia ponen los carlistas, comenta el narrador:

«Los lugares sagrados, mediante una breve salvedad de conciencia, caen también dentro del fuero de guerra, y los militares atan y desatan al demonio según les conviene» (p. 26).

«Despojos tristísimos de la guerra» leemos más adelante (p. 166) cuando el narrador comenta el desolador aspecto de un campo de batalla tras el encuentro.

Entre las expresiones más antibélicas de este Episodio destaca por su dureza y su fuerza las que surgen en torno a un ermitaño que huyendo de la barbarie, se ha refugiado en la soledad del monte:

«... Yo les digo que la guerra es pecado, el pecado mayor que se puede cometer, y que el lugar más terrible de los infiernos está señalado para los armeros que fabrican fusiles, y para todos, todos los que llevan a los hombres a ese matadero con reglas. La gloria militar es la aureola de fuego con que el demonio adorna su cabeza. El que guerrea se condena, y no le vale decir que guerrea por la religión, pues la religión no necesita que nadie ande a trastazos por ella (...)» (p. 108).

«Yo rezo todos los días, porque los militares abran los ojos a la verdad y abominen de las matanzas. Pero nada consigo» (p. 108).

B) Si repugnante era a Galdós cualquier enfrentamiento bélico, la guerra que se evoca como punto de partida de la Serie de Episodios que *Zumalacárregui* inicia, no puede ser más odiosa: el enfrentamiento fratricida, tan cruel y despiadado como inútil. «A toda guerra la cree fratricida, porque se desarrolla entre hombres, que deben considerarse como hermanos; pero a la civil (...) la cree doblemente fratricida y más brutal y feroz», afirma Regalado García¹². Clara E. Lida, siguiendo la misma línea asevera que el desmoronamiento de la Restauración al que asiste Galdós en 1898, consecuencia de los odios y fanatismos fratricidas, se proyecta en la visión que de la guerra civil nos da en esta Tercera Serie¹³.

Podríamos decir que toda este Tercera Serie es la proyección literaria del candente y desgraciado tema de las dos Españas, tan característico —según parece— del pueblo español. Hinterhäuser ve la muestra personificadora del tema de este antagonismo histórico concretamente en el Episodio Zumalacárregui, en el enfrentamiento fratricida que tiene lugar en el pueblo navarro de Villafranca y que ocupa los capítulos IV y V del Episodio^{14 15}.

Veamos textos concretos reflejadores del antibelicismo galdosiano: a principios del capítulo XXVIII el narrador comenta sobre Zumalacárregui:

«En tan breve tiempo crece y se complementa una figura militar, que sería muy grande si no la hubiera criado a sus pechos la odiosa guerra civil» (p. 261).

«¡Que tiempos! ¡que hombres! Da dolor ver tanta energía empleada en la guerra de hermanos. Y cuando la raza no se ha extinguido peleando consigo misma es porque no puede extinguirse» (p. 283).

En *De Oñate a la Granja*, Fernando Calpena reflexiona, o Galdós reflexiona a través de su criatura:

«En todos los países, la fuerza de una idea o la ambición de un hombre han determinado enormes sacrificios de la vida de nuestros semejantes; pero nunca (...) se han visto la guerra y la política tan odiosa y estúpidamente confabuladas con la muerte. La historia de las persecuciones del 14 al 20, de la reacción del 24, de las campañas apostólicas y realistas, así como del recíproco exterminio de españoles en la guerra dinástica hasta el convenio de Vergara, causan dolor y espanto por el contraste que ofrece la grandeza de tan extraordinario derroche de vidas con la pequeñez de las personas en cuyo nombre moría o se dejaba matar ciegamente lo más florido de la nación» (pp. 128-9).

C) La más dolorosa reflexión del autor radica en la inutilidad básica de la contienda. La guerra es inútil porque en el fondo las dos causas son semejantes, tanto en sus dirigentes y protagonistas, como en los fines que cada bando decía defender:

«Por desgracia nuestra y baldón de España, otros caudillos carlistas y liberales de gran renombre (...) habían de olvidar pronto los procederes humanitarios, derramando torrentes la sangre cristiana, y escarneciendo con sus crueldades los ideales que decían defender: el honor patrio, la religión, la fe» (p. 258).

Reflexiona Fago conversando con Zumalacárregui, su «alter ego»:

«La guerra, digo yo, deben hacerla en primera línea aquellos a quienes directamente interesa. Verdad que si tuvieran que hacerla ellos, quizás no habría guerras, y los pueblos no se enterarían de que existen éstas o las otras causas por las cuales es preciso morir (...) Pienso yo, mi general, que nos afanamos más de la cuenta por las que llaman *causas*, y que entre éstas, aun las que parecen más contradictorias, no hay diferencias tan grandes como grandes son y profundos los ríos de sangre que las separan» (p. 308).

En *De Oñate a la Granja*, dice Demetria, la mayorazga sensata:

«porque ha de saber usted que en la villa andaban a tiros cada lunes y cada martes por un ‘Quítame allá un Carlos’ o un ‘Ponme acá una Isabel’» (p. 145).

En *Luchana*¹⁶ Saloma la navarra, la heroína invisible del primer Episodio, no puede dormir preocupada por su guerrero marido: «¡Y que esto pasara un cristiano por derechos de Isabelita, de Carlitos o del demonio coronado!» (p. 226).

En *La Campaña del Maestrazgo* es un oficial cristiano el que expresa con toda crudeza y desenfado:

«(...) Yo me doy a pensar en esto y digo ‘¿por qué combatimos?’ (...) ¡La libertad, la religión!... (...) ¡Los derechos de la Reina, los de D. Carlos! Cuando me pongo a desentrañar la filosofía de esta guerra, no puedo menos que echarme a reír..., y riéndome y pensando, acabo por convencerme de que todos estamos locos (...) Creo que se lucha por la dominación, y nada más, por el mando, por el mangoneo, por ver quien reparte el pedazo de pan, el puñado de garbanzos y el medio vaso de vino que corresponde a todo español» (p. 46).

En *Vergara* conocemos a D. Eustaquio de la Pertusa un «despabilado mozo», un «romántico personaje» que ha desertado dos veces, de las filas carlistas y de las cristianas, porque «la realidad y la experiencia persuadiéronle de

que ambos ejércitos eran cuadrillas de locos, igualmente ominosas ambas banderas, funestos sus caudillos, infernales sus armas» (p. 30).

Según parece indicarnos Galdós, el pueblo bajo ve la contienda del mismo modo:

«¡A mí con esas! Condenado D. Fernando VII, condenado D. Carlos María Isidro, y condenadas todas las reinas magnates y archipámpanos que andan en este pleito» (p. 107).

«Y por qué no viene el *absoluto* a ponerse aquí, en los sitios donde pegan? ¡Ah! Mientras sus soldados echaban aquí el alma, él tan tranquilo en Artaza, sentadito al amor de los tizones... Ellos, ellos, el D. Isidro ese, y la Isidra de allá, Doña Cristina, debieran ser los primeros en meterse en el fuego... pues de no, no veo la equidad ¡Ay, españoles, que es lo mismo que decir bobos!...» (p. 135).

Tratando del valor y de la dignificación de la obra de Galdós, afirma Angel del Río que éste «a diferencia de los novelistas de su tiempo, abanderados de la tradición o del liberalismo, es el único que intenta la conciliación entre lo nuevo y lo viejo, y logra comprender la identidad de carácter en todos los españoles, apasionados en su intransigencia, la tradicionalista o liberal, con todas sus cualidades nobles y heroicas (...) y su incapacidad para poner estas cualidades positivas al servicio de unos ideales comunes»¹⁷.

En conclusión, la tesis antibélica que Galdós parece defender en *Zumalacárregui*, según hemos podido colegir de los textos, podría descansar en estos tres puntos:

- a) Toda guerra es mala.
- b) Peor aún la que enfrenta hermanos.
- c) La guerra fratricida es además inútil, pues las «causas» son, en su fondo, iguales.

La Guerra y La Religión

No vamos a tratar aquí la importancia de la problemática religiosa en el mundo novelesco de Galdós, porque no viene al caso en un estudio interpretativo concreto, como es el nuestro. Sí queremos, no obstante, recordar cómo las preocupaciones de índole religiosa son básicas en la conformación de los personajes que toca a lo largo de toda su producción creativa, en uno y otro género; por otra parte, este tema, tan fundamental en el existir humano, tan primordial y determinante en la sociedad que refleja Galdós, no podía quedar soslayado en una obra tan profundamente hurgadora en la humana contingencia, como es la suya. Evidentemente, el tema religioso no sólo no se soslaya sino que se convierte, como sabemos, en uno de los más característicos del mundo galdosiano. Este tema aparece muy destacado en *Zumalacárregui*. Como apunta Regalado García¹⁸ en este Episodio lo religioso cobra verdadera importancia como aspecto fundamental de la nacionalidad. Muestra su desarrollo en dos vertientes temáticas: 1) el de la guerra «Cruzada» y 2) el del sacerdote guerrero.

1. *La guerra como cruzada*

Desde la primera página de la obra, Galdós califica de «procesión militar» el paso de Zumalacárregui, victorioso, entre el pueblo que lo aclamaba «con religiosa y bélica fe» (p. 7), aunando guerra y religión en la imagen. A partir de ahora, Galdós encomienda a su complejo personaje José Fago el papel de portavoz suyo en este tema.

Se toca por primera vez en el capítulo III, cuando un capellán real afirma: «vamos al triunfo de Dios y del Rey», mientras Fago «meditaba mirando al suelo» (p. 23).

En el capítulo VI, durante una discusión entre Fago y unos campesinos reaparece con acentuado calor:

Habla Fago:

«Creo en la legitimidad, creo en los derechos indiscutibles de D. Carlos, creo que los ejércitos carlinos defienden al verdadero Rey y al Dios verdadero».

—Y yo creo que usted es bobo. Míá que Dios... ¿qué tiene que ver Dios con la guerra? ¿A Dios le puede gustar que haigan fusilado a Mediagorra? «—Fago callaba sin saber que decir» (p. 49).

El tema estallarà en el capítulo siguiente entre confidencias de Fago y otro capellán:

«Yo pregunto: ¿Dios autoriza las guerras? ¿Dios puede tomar partido por uno de los combatientes, amparándole contra el otro, o abomina por igual de todos los que derraman sangre humana?

—Amigo mío, Dios ha de mirar mejor a los que defienden sus derechos.

—¡Los derechos de Dios! ¿qué es eso?» (p. 66).

De esta conversación parece Fago quedar convencido, efectivamente, como asevera su colega, de que:

«es forzoso impedir, *como se pueda*, que el mal impere sobre la tierra» (p. 57).

y que:

«un sacerdote no debe tener escrúpulos en lo tocante a los derechos augustos de la legitimidad, ni vacilar tampoco en la creencia de que D. Carlos es la religión, la virtud, la moral, el bien de los pueblos» (p. 66).

Conceptos parecidos son los que oímos en boca de una tosca mujer del pueblo:

«con este cañón que llevar haceis, ya querrá Dios que D. Tomás hacer polvo a los negros... (...) Pensar, pues, que a rastra llevar el mismo religión, y quitar el de herejes, y Dios ya dará fuerzas á vos...» (p. 109).

Tras la conversación con el ermitaño, en la que ésta presa sus resueltas convicciones antibélicas, en el capítulo XII, Fago vuelve a dudar.

En el capítulo XXIV reparece el tema a propósito de los temores de un valeroso soldado ante su inminente muerte:

«¿Los que pelean y matan entran en el reino de Dios? Yo he matado ayer más de veinte cristianos. ¿Ellos y yo entraremos juntos en la gloria eterna, o es que

los cristianos que luchan por el ateísmo no pueden entrar?... Fago se apresuró a tranquilizarle (...) los directores de esta matanza eran los responsables, y entre ellos, Dios escogería los suyos...» (p. 222).

La sentencia final de la cuestión la dictará, ya en el capítulo XXX, en palabras tan breves como seguras, José Fago:

«—¿Usted que sabe? (le increpa un colega a propósito de unas premoniciones pesimistas de Fago).

—Lo sé.

—¿Tan poco puede D. Tomás? (Zumalacárregui).

—Puede; pero no tanto como Dios.

—¿Ya sale usted con Dios?... ¡Bah!...

Es irreverencia pensar que Dios puede estar en contra nuestra.

—Lo está» (p. 286).

Galdós parece haber cerrado la cuestión de manera conclusiva contra la manipulación de la idea Divina para una «causa» concreta.

2. *El sacerdote guerrero*

Intimamente relacionado con este tema de «la guerra santa» está el del «sacerdote guerrero», también personificado en el José Fago de Zumalacárregui que opina:

«Si soy guerrero, si Dios lo quiere así, no puedo ser sacerdote» (p. 69).

La opinión de Zumalacárregui al respecto no dista de la de Fago, según nos la presenta el autor:

«El soldado es el soldado, y el cura, el cura: cada cual en su profesión...» (p. 79).

Fago sale triunfador en su primera misión como militar y sus dudas anteriores parecen olvidadas. Reaparecen sin embargo en el capítulo XIII:

«Todo aquello que hacía, ¿no era contrario a la ley de Dios? (...) el hombre de guerra, maestro de tropas, organizador de combates, y el hombre consagrado a las espirituales batallas del Evangelio, ¿pueden fundirse, como si dijéramos, en una sola persona? (pp. 114-5).

Repasa Fago en su soliloquio la historia de España viendo «la intervención divina en las batallas» y halla en San Fernando «santo y capitán general de los ejércitos de Castilla» la síntesis de guerrero y santo que anhelaba encontrar para tranquilizar su conciencia:

«Era místico y guerrero: sin duda rezaba en el momento de machacar cabezas de infieles...» (p. 116).

No dura mucho su tranquilidad. La visión fantasmagórica de un fusilado, Uli-barri, en plena batalla, conlleva un arreciamiento de su desequilibrio y la convicción de aviso divino en el hecho: Dios se lo ha puesto delante para mostrarle que «las manos que cogen la Hostia no deben derramar sangre humana». Su simbólico patrón San Fernando cae por los suelos: ¡este al menos mataba moros!:

«¡Si al menos fuesen moros!... Pero tampoco... ni moros ni nada... que los maten los militares, si es necesario para el cumplimiento de la ley de Dios y el

triumfo del Evangelio... (...) Piedad, Señor, piedad... En mí llevo el infierno, la guerra...» (pp. 151-2).

Fago no volverá a ocupar ningún primer lugar en filas guerreras. Ha quedado totalmente desengañado, y no sólo de la guerra:

«—porque si en el terreno militar no ha de hacer nada en gloria y provecho de nuestro augusto soberano, lo mejor será que vuelva a ponerse la sobrepelliz y procure sernos útil en la esfera eclesiástica...

—Señor— replicó Fago con efusión humilde, —yo no sirvo: ni en una ni en otra esfera podré hacer nada de mediano provecho (...) Aspiro a encerrarme en un recogimiento, y a dar de mano a todas estas contiendas, así políticas como militares, pues unas y otras las creo de una vanidad absoluta» (p. 176)..

Resuelve así Galdós el problema de conciencia de su personaje, de un modo que se nos antoja muy cercano a sus propias convicciones personales.

Gustavo Correa en las conclusiones de su estudio *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós*¹⁹ afirma en palabras que hacemos nuestras: «El culto a la conciencia es una de las características más constantes de la novela galdosiana, y constituye el fondo en que se proyecta la dimensión moral de sus personajes».

Muchas veces a partir de la dimensión moral de sus personajes, a partir de la intervención interesada del narrador, a partir del juego inteligente de hechos y situaciones, creemos poder atisbar, además, la proyección de la personalidad del creador.

NOTAS

¹ *Episodios Nacionales: problemas de estructura. El folletín como pauta estructural*, en «Letras de Deusto» VIII, julio-diciembre (1974), p. 47.

Gullón desarrolla su teoría sobre el narrador en esta página y las siguientes.

² Para *El lector de los Episodios*, véase R. GULLÓN, *Ibidem*, pp. 54-7.

³ J. B. AVALLE ARCE, *Zumalcárregui*, en «Cuadernos hispanoamericanos», n.ºs 250-252, octubre (1970)-enero (1971), p. 365.

⁴ J. CASALDUERO, *Los Episodios Nacionales dentro de la unidad de la obra galdosiana* en «Actas del Primer Congreso Galdosiano», Las Palmas (1977), p. 139.

⁵ Cito por la edición «príncipe» de Vda. e Hijos de Tello, Madrid (1898).

⁶ Edición de Alianza-Hernando, M. (1978).

⁷ Edición de Alianza-Hernando, M. (1983), pp. 128-29.

⁸ Estos juicios sobre la personalidad del aspirante carlista al trono no son particulares de Galdós, pues concuerdan con las de biógrafos e historiadores. Sin salirnos del terreno literario las hallamos paralelas en un decidido carlista, incondicional y romántico, como D. Ramón del Valle Inclán, que hace decir a *Cara de Plata*:

«Tendría que levantar horcas durante un año entero, en todas las plazas y a lo largo de todos los caminos reales, y no es hombre para ello vuestro D. Carlos. Alabáis su clemencia en la guerra, y en la guerra no se debe ser nunca clemente. Contáis, como beatas compungidas, que anduvo huido por sus pueblos para no firmar una sentencia de muerte, y eso no acredita su ánimo de Rey (...).»

Las Cruzadas de la Causa, Espasa Calpe, Madrid (1979), pp. 76-7.

⁹ Edición Alianza-Hernando, Madrid (1978).

¹⁰ Edición Alianza-Hernando, Madrid (1976).

¹¹ Esta afirmación la hace Regalado García, al reprochar al autor el no haber levantado la voz contra la pena capital, practicada con prodigalidad por el Estado español durante la Restauración y la Regencia (p. 329).

A. REGALADO GARCÍA, *B.P.G. y la novela histórica española 1868-1912*, Madrid (1966).

¹² A. REGALADO GARCÍA, *Idem.*, p. 327.

¹³ C. E. LIDA, *Galdós y los Episodios Nacionales: una historia del liberalismo español*, en «Anales Galdosianos» III (1968), p. 327.

¹⁴ Para el tema de «las dos Españas» véase H. HINTERHÄUSER, *Los Episodios Nacionales de B. Pérez Galdós*, Madrid (1973), p. III-4.

¹⁵ Curiosamente en este mismo sitio de Villafranca consigna Galdós un detalle interesante: se efectúa la evacuación de los familiares de los urbanos que se hallan encerrados en la torre de la iglesia rodeada por el fuego; descienden los afectados entre burlas e insultos de los sitiadores, cuando de las mujeres se trata; pero bajan tres niños y: «los de arriba poníanles cuidadosamente en los últimos peldaños de la escala, y eran recogidos por soldados que trepaban cuidadosamente para esta operación. El descenso se hacía paso a paso, presenciado con ansiedad por unos y otros. Llegaron a tierra felizmente los chiquillos, fueron auxiliados al punto de ropa y comida, pues se hallaban ateridos y muertecitos de hambre» (p. 31). Nos parece ver en este «cuidado» (dos veces repetido) para con estos niños ante cuya seguridad se olvidan odios y rencillas, una nota de positivo optimismo en la intencionalidad del autor.

¹⁶ Edición Alianza-Hernando, Madrid (1976).

¹⁷ A. DEL RÍO, *Estudios Galdosianos*, New York (1970), p. 180.

¹⁸ A. REGALADO, *Op. cit.*, p. 77.

¹⁹ GUSTAVO CORREA, *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós*, Madrid (1962), p. 250.